



Ocio



Un grupo de espectadores disfrazados de personajes de 'Amanece, que no es poco'. /REPORTAJE GRÁFICO: BEGOÑA RIVAS

«¡Esto es un sindiós!»

Homenaje. La Academia del Cine celebra el 20º aniversario de 'Amanece, que no es poco' con una proyección de la obra de Cuerda

JOSÉ SÁNCHEZ MENDOZA
El cine español, desnortado y alejado de los gustos del gran público? Ni pensar. En nuestro país también se hacen películas capaces de convocar en sus reestrenos a hordas de fans disfrazados, en una liturgia de adoración similar a las consagradas a *Star Wars* o *El Señor de los Anillos*. No hablamos de *Torrente* ni de *El día de la Bestia*, ni siquiera de *El Orfanato*. Nos referimos a *Amanece, que no es poco* (José Luis Cuerda, 1988), que ayer fue honrada, a 20 años vista de su estreno, con un pase especial en la Academia de las artes y las ciencias cinematográficas.

El guión de la cinta, que en su día sorprendió a propios y extraños, está preñado de simbolismo y significados ocultos, y la historia se desarrolla en medio del absurdo. Un ingeniero (Antonio Resines) y su padre (Luis Ciges), a bordo de una moto con sidecar, llegan a un pueblo manchego donde la lógica es *non*



Cuatro seguidores de la cinta, vestidos de sus personajes favoritos.

grata. La villa está habitada por un mosaico de personajes delirantes para los que situaciones como el cultivo de seres humanos en los bancales o la teletransportación de un borracho son el pan de cada día.

El alcalde de este municipio sin par era aclamado por sus administrados con la metafísica proclama de «nosotros somos contingentes,

tú eres necesario». Lo mismo podrían decirle a José Luis Cuerda, guionista y director de la película, quien por supuesto asistió a la proyección. En el aniversario de su celebrada creación, no dudó al citar cuáles fueron las fuentes de su ingenio en el momento de darle forma a la idea: «Sólo pretendía rendir tributo a los años más férti-

les del cine nacional. A los Berlanga, Azcona y Fernán Gómez». El día de ayer, pues, tuvo lugar un homenaje a un filme que es, a su vez, un homenaje al séptimo arte.

El surrealismo imperante en la cinta encontró su reflejo en la organización del evento. Para la entrada a la Academia se dispusieron dos filas, una para aquellos que fueran caracterizados como los personajes de la película y otra para los no disfrazados. El más imitado no fue el cura con aura de estrella de rock ni el negrito «minoría étnica» Ngé. El estrellato absoluto fue para el escritor argenti-

El guión, que en su día sorprendió a propios y a extraños, está cargado de símbolos

El surrealismo de la cinta encontró su reflejo en el evento y en los asistentes

no, novelista frustrado y plagiador de Faulkner, que parece disfrutar entre los fans de *Amanece, que no es poco* de una popularidad similar a la de Darth Vader en el mundo de *Star Wars*.

Rubén complementó su disfraz con un libro en cuya portada aparece el nombre del literato norteamericano, copiado sin pudor por el argentino en la película. «Me gusta el personaje del escritor argentino porque creo que es la estampa del perdedor. No todo el mundo puede ser William Faulkner, pero a todos nos gustaría». Al clon del novelista fracasado le acompañaban Laura, Nuria y Raúl, un grupo de amigos enfundados en prendas que parecían propias de los alumnos de un colegio rural de la posguerra. Sus personajes fetiches son los escolares que se aprendían la lección cantándola como un coro Gospel. «Es una película muy grande» —proclamaron— «Está llena de frases únicas».

Frases como «Un hombre en la cama es un hombre en la cama», la que le suelta el personaje de Ciges al de Resines para explicarle sus celos a que compartan lecho. Es la cita preferida de Nadia, Cristina, Eva, Fer y David, que no van disfrazados pero han conseguido un lugar en la cola preferente gracias a sus camisetas, donde aparece bordada otra de las sentencias que atesora el filme: «Ayer íbamos en bici, hoy olemos bien».

Disfrazados o no, el equipo del filme y los incondicionales que se ha ido ganando recordaron una vez más una obra que sigue provocando carcajadas de humor inteligente. Dos décadas, nada para un tango y menos aún para un pueblo donde, por mandato municipal, todos los habitantes censados deben hacer un *flashback* de precisamente 20 años en la plaza del pueblo.